

FELIPE ESPINO, SEMBLANZA BIOGRÁFICA

SARA MAÍLLO SALGADO

Al iniciar este trabajo sobre Felipe Espino, si bien queremos comenzar haciendo una somera descripción de la Salamanca que le vio nacer y a la que permaneció ligado durante toda su vida, nos proponemos, sobre todo, reivindicar la figura de un personaje injustamente olvidado por la Historia en general y por su ciudad en particular; a pesar de haber sido uno de los más preclaros salmantinos del siglo XIX.

Pretendemos que se haga justicia a la memoria y a la obra de un compositor afamado en vida —incluso fuera de nuestro propio país— y del que su ciudad natal se olvidó inexplicablemente después de muerto; sin estimar que si Salamanca tiene numerosos hijos adoptivos célebres, a los que considera propios y de los que todos nos sentimos orgullosos, no por ello debería desdeñar a los legítimos, sobre todo si fueron tan ilustres como el personaje que nos ocupa.

SALAMANCA A FINALES DEL SIGLO XIX

Cuando Felipe Espino vino al mundo en 1860, Salamanca era una ciudad que conservaba numerosas ruinas de antiguos edificios derribados, en su mayoría, durante la invasión napoleónica. La población —que en ese año de 1860 se aproximaba a 16.000 habitantes— había retrocedido con relación a tiempos pasados¹ y durante largas épocas presentó un claro



Felipe Espino

1. GUTIÉRREZ CEBALLOS, C.: *Salamanca a finales del siglo XIX*. Publicaciones de la Diputación provincial de Salamanca, 1951, p. 9.

— MARTÍN MARTÍN, J.L.: *Estructura demográfica y profesional de Salamanca a finales de la Edad Media*. Provincia de Salamanca, nº 1, enero-febrero 1982. Diputación de Salamanca, p. 21.

crecimiento negativo², amenazada, entre otras cosas, por epidemias periódicas contra las que las autoridades locales solamente podían aconsejar una mayor higiene personal de la habitual, además de prohibir la acumulación de basuras en el casco urbano y los cebaderos de cerdos dentro de la población³.

Pero la verdad es que semejantes medidas, al igual que otras similares tomadas precipitadamente en épocas de peligro epidémico, no servían de nada y la suciedad era tan ostensible en las calles salmantinas que la prensa local se hizo eco, durante años, de hechos como el que las gallinas, cerdos, bueyes y demás animales circularan incluso por la Plaza Mayor⁴; que los gatos muertos permanecieran en la vía pública hasta su total descomposición⁵ o que se efectuaran las matanzas a la puerta de las casas dejando tras de sí una capa desagradable de desperdicios que cubrían el suelo⁶. Suciedad que en tiempo de calor debió propiciar la aparición de verdaderas plagas de moscas y en todo momento la proliferación de roedores.

Mas, para colmo de males, la capital estaba atravesada por dos grandes albercas de aguas residuales, a cielo abierto, que constituían auténticos arroyos de fango y detritus —y en las que vertían numerosos conductos procedentes de las viviendas— que serpenteaban por todas partes, impregnando la ciudad de pestilentes olores y que suponían perennes focos de infección⁷.

No queremos decir con todo ello que los salmantinos de la época fuesen especialmente sucios; simplemente fallaba la infraestructura sanitaria y, desde luego, la carencia de agua fue tal que en algunas épocas, y a pesar de la proximidad del río Tormes, los habitantes de Salamanca se vieron obligados a guardar colas de toda una noche para poder llenar sus cántaros⁸ carencia ésta que fue una constante durante años, pues aun cuando en 1875 se realizó la subida de aguas desde el río hasta la capital, la misma resultó insuficiente a causa de las malas instalaciones; y ya próximos a 1900 las quejas seguían repitiéndose, en esta ocasión, no sólo por la escasez sino por la falta de potabilidad de unas aguas que, al parecer, no eran todo lo limpias que debieran, pues las que procedían del Tormes se pensaba que estaban contaminadas «por los lavados de ropas y los desagües de la ciudad y pueblos ribe-

2. CABO ALONSO, A.: *Salamanca, personalidad geográfica de una ciudad*. Ed. por la Universidad de Salamanca, 1981, p. 23.

— CABO ALONSO, A.: *Salamanca, Geografía, Historia, Arte y Cultura*. Ayuntamiento de Salamanca, 1986, p. 52.

3. *Actas del Excmo. Ayuntamiento de Salamanca, año 1865*, sesiones: 31 de julio, f. 158 V; 12 de octubre, f. 192 R. Año 1866, sesión 5 de abril, f. 51 R. Año 1869, sesión 12 de marzo, f. 80 R.

4. *Adelante* —Salamanca— 8 de marzo de 1860 y 17 de octubre de 1861.

— *Actas del Excmo. Ayuntamiento de Salamanca, año 1866*, sesión 9 de abril, f. 57 R.

5. *La pesadilla* —Salamanca— 29 de abril de 1861

6. *Crónica de Salamanca* —Salamanca— 20 de diciembre de 1861.

7. *Adelante* —Salamanca— 6 de agosto de 1861.

8. LÓPEZ SANTAMARÍA, J.: *Señora de gran nobleza a la que le huelen los pies. La ciudad de Salamanca a fines de siglo XIX*. Studia Histórica. Historia Contemporánea, vol. IV, nº 4, 1986. Ediciones Universidad de Salamanca, p. 96.

reños»; y respecto a las que llegaban de los distintos manantiales, se decía, por ejemplo, que las de El Polvorín se encontraban saturadas de sustancias en descomposición, debido a que discurrían «por conductos de barro mal cocido que pasaban próximos al cementerio»⁹.

Salamanca, en tiempo de Felipe Espino, era una ciudad llena de incomodidades y deficiencias —además de sucia y oscura— anclada en una época que no había experimentado la revolución industrial, con características de Antiguo Régimen y aislada por las malas comunicaciones. Basada su economía en el sector primario tenía sometidos a los asalariados a unas condiciones tan onerosas que, por cualquier eventualidad podían pasar de ser trabajadores a parados y de ahí a mendigos¹⁰, constituyendo estos últimos un problema tal que llegaron a ser tenidos por una plaga más¹¹ y contra los cuales se llegaron a poner en práctica diversas normativas, como la que impedía mendigar sin previa licencia municipal¹².

Respecto a la educación, sabemos que, si bien la enseñanza primaria era obligatoria, en 1865 dos tercios de los niños que estaban en edad escolar, no asistían a ninguno de los centros que había en la capital¹³, tanto públicos como privados, y tal vez por ese motivo, todavía en 1877, el 34'4% de los hombres y el 56'3% de las mujeres se censaban como analfabetos totales¹⁴.

En cuanto a la Universidad, se puede decir que el siglo XIX resultó ser el más aciago de toda su historia, con grandes problemas económicos, escaso alumnado y constantemente amenazada de cierre por el gobierno de la nación.

Sin embargo, a pesar de la situación descrita, en la capital salmantina se disfrutó, durante años, de cierto ambiente musical, en una época en que la sociedad, en general, mostraba un claro desinterés por la música; y aunque esta actividad estuvo controlada por la clase alta que ejerció un claro paternalismo sobre las capas más humildes, permitiendo que éstas accedieran a la educación musical mediante matrículas gratuitas, la verdad es que el auge musical que se vivió fue posible gracias a la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy —nacida para el dibujo en 1783 y que constituyó una avanzadilla de progreso en numerosos aspectos—, donde se acordó crear una «sección filarmónica», a partir de 1838, que se mantuvo, no sin dificultades, por espacio de cien años y en cuyas aulas llegó a impartir sus clases Francisco Asenjo Barbieri y estudiaron Tomás Bretón y Felipe Espino, entre otras personalidades salmantinas, que en muchos casos no se dedicaron a la música, recibiendo sus enseñanzas simplemente como complemento cultural.

9. *La Legalidad* —Salamanca— 2 de agosto de 1890.

10. ESTEBAN DE VEGA, M.: *De la Beneficencia a la Previsión. La acción social en Salamanca (1875-1898)*. Ediciones Diputación de Salamanca, 1991, pp. 22 y 23.

11. *La Provincia* —Salamanca— 30 de mayo de 1867.

— *La Tertulia* —Salamanca— 11 de mayo de 1879.

12. *La Provincia* —Salamanca— 30 de mayo de 1867.

13. *Adelante* —Salamanca— 2 de noviembre de 1865.

14. HERNÁNDEZ DÍAZ, J.M.: *El Colegio de San Rafael de Salamanca*. Revista de Estudios, nº 1, enero-febrero 1982. Diputación de Salamanca, p. 161.

NACIMIENTO DE FELIPE ESPINO Y SUS ESTUDIOS

Pues bien, en una ciudad como la que hemos esbozado nació Felipe Fernando Espino Iglesias, el 26 de mayo del ya referido año de 1860, en la calle de La Pajaza¹⁵ —posteriormente Ramos del Manzano y hoy calle España o Gran Vía— en el seno de una familia humilde formada por el padre, Vicente Espino González, de profesión diamantista; la madre, Encarnación Iglesias Sánchez; y la primogénita, María Dolores Elena Vicenta que moriría pocos meses después del nacimiento de Felipe, de igual forma que fallecerían otros cinco hijos más, sobreviviendo tres de los nueve habidos en el matrimonio.

El padre, Vicente Espino, hijo de médico, fue un hombre de indudables inquietudes culturales que, según el periódico local *El Progreso*, poseía una instrucción poco común dentro de la clase artesana¹⁶, hecho que le llevó a colaborar con la Escuela de San Eloy, de la que fue consiliario de número, y a participar en política, ocupando una concejalía desde 1891¹⁷ y en cuyo desempeño murió, de forma repentina, en diciembre de 1892¹⁸.

De igual manera, preocupado por la educación de sus hijos, supo alentar la inclinación natural que el pequeño Felipe mostraba hacia la música, el cual dejaba frecuentemente sus juegos para escuchar el piano del profesor Pedro Sánchez Ledesma, quien llegaría a ser tío del niño por matrimonio con una hermana de la madre, y que desde 1860 era director de la sección de música de San Eloy.

Este maestro, que fue el que más vitalidad diera a las enseñanzas «filarmónicas» de la referida institución artística en toda su historia, pronto se encargó de la formación musical del joven Espino quien, al cumplir los ocho años, fue matriculado en la Escuela de San Eloy —a pesar de que le edad reglamentaria era de diez años para las niñas y de once para los niños¹⁹— con lo que iniciaba oficialmente su carrera artística, en octubre de 1868; a los pocos días de haberse producido el derrocamiento de Isabel II y, por lo tanto, en un clima político inestable.

Poco sabemos de la infancia de Felipe, cuyos primeros años debieron transcurrir en torno a una serie de calles próximas a la suya, integrantes de un barrio habitado básicamente por menestrales, a orillas de una de las albercas de la ciudad.

Sí tenemos noticias de que, con notable expediente académico, realizó sus estudios primarios y secundarios; estos últimos en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, situado entonces en el Patio de Escuelas Menores, donde lograría a los dieciséis años de edad, el título de Bachiller en Artes²⁰, que le capacitaba para iniciar estudios universitarios, aunque nunca lo hizo pues su inclinación le llevó a dedicarse exclusivamente a la música.

15. *Libro de Bautismos de 1851 a 1883*. Parroquia de San Román, f. 128 V.

16. *El Progreso* —Salamanca— 28 de septiembre de 1884.

17. *La Región* —Salamanca— 29 de abril de 1891.

18. *Libro de difuntos de 1887 a 1914*. Parroquia de Sancti-Spiritus, f. 80 R.

19. *Reglamento especial de la sección de Música de la Escuela de San Eloy, año 1860*, artículo n° 14.

20. *El Progreso* —Salamanca— 28 de septiembre de 1884.

Mas, si como hemos dicho, sus estudios generales dieron unos resultados óptimos, podemos asegurar que aún más brillantes fueron los que lograría en San Eloy, pues durante los nueve años que permaneció como alumno del citado centro, siempre consiguió calificaciones de sobresaliente, así como tres «medallas de plata»²¹; siete títulos de «adicto»²² y dos «premios extraordinarios»²³; a lo que hemos de sumar otros dos premios logrados en 1872 y 1873, en este caso como concertista infantil.

La Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, por diversos motivos, dejó de impartir sus enseñanzas musicales desde el curso 1877-78, y aunque volvió a reanudar sus clases en octubre de 1880, Felipe Espino, una vez que las mismas fueron suprimidas, decidió trasladarse a Madrid para continuar allí sus estudios, por cuanto estaba seguro de que la capital del reino era el único lugar donde había mayor ambiente musical y porque pensaba que los éxitos, en el caso de producirse, tenían en Madrid una resonancia nacional.

No obstante, el traslado suponía grandes gastos para la familia y aunque el padre había cambiado de oficio al adquirir una tahona —que actualmente continúa como panadería, frente al hoy Teatro Bretón— y podía permitirse, no sin esfuerzo, costear los estudios del joven músico en la capital de España, éste quiso conseguir unos cientos de reales antes de ponerse en camino, para lo cual se decidió a representar, en beneficio propio, una zarzuela titulada «Eva», que tenía escrita desde hacía algún tiempo y que fue dirigida el día del estreno por su tío Sánchez Ledesma, sin que nos hayan llegado noticias posteriores a la puesta en escena.

SU FORMACIÓN MUSICAL EN MADRID, ROMA Y OTROS PAÍSES

Llegado a Madrid en enero de 1879, Felipe no pudo formalizar su matrícula oficial para el curso que ya había comenzado; por dicha razón decidió presentarse como alumno libre y con esa idea comenzó a estudiar piano, con el prestigioso profesor Eduardo Compta y armonía con Emilio Serrano.

Los resultados de junio fueron de sobresaliente pero, no conforme con el trabajo que había realizado en sólo cuatro meses, se dispuso a preparar los dos primeros cursos de composición, con el no menos conocido maestro Fernández Grajal, en las vacaciones de verano; esfuerzo que resultó excesivo para el joven alumno, quien solamente pudo superar el primer curso de la citada materia, aunque, eso sí, con la calificación de sobresaliente.

21. Este premio era el mayor que solía darse a los alumnos de la Escuela de San Eloy, pues por debajo estaban: el «accésit» y la «mención honorífica» (N. del A.).

22. El título de «Adicto a la Escuela» se concedía de forma un tanto especial a los alumnos que se distinguían mucho en alguna disciplina del centro y Felipe Espino obtuvo siete de los diecisiete que se dieron, en música, en dieciocho años (1859-1876) (N. del A.).

23. «Este «premio extraordinario» era, como su nombre indica, algo sumamente especial y Espino logró dos de los cuatro que se concedieron desde 1859 a 1876 (N. del A.).

En 1880, al terminar sus estudios de piano, Espino lograba el «Primer Premio» de dicho instrumento²⁴, por lo que a partir de ese instante se dedicó por entero al estudio de la composición, con el profesor Emilio Arrieta, y finalizado el curso 1880-81 obtenía el «Primer Premio de Composición»²⁵, no sin antes haber concurrido a la oposición reglamentaria, junto a otros alumnos también aspirantes al citado galardón.

Al comenzar el curso académico 1881-82, el músico salmantino se matriculaba en quinto de composición, que constituía el último de su carrera, y lo terminaba valorado por su «excelente aplicación», según palabras escritas por el propio Emilio Arrieta²⁶, y con una pensión de número para estudiar durante tres años en Roma. Ansiada beca que lograba tras una dura oposición en la que hubo de componer una «fuga a dos motivos y cuatro partes»; un «coro religioso a cuatro voces y orquesta», titulado «Gloria de Dios»; así como el «cuadro lírico», «Juan de Padilla», escrito, según exigencias del tribunal, con «preludio instrumental, recitado, andante y allegro final», en este caso con acompañamiento de gran orquesta²⁷; tres obras que debía realizar en un máximo de treinta y un días —durante los cuales hubo de permanecer incomunicado— y de los que Espino utilizó veintinueve.

Con la beca para Roma en perspectiva, aplaudido y celebrado por sus obras y premios, Espino llegó a Salamanca, en el mes de julio, donde fue recibido calurosamente por los salmantinos, quienes conocedores de sus éxitos y admiradores de su obra no dejaron pasar la oportunidad de escuchar las últimas creaciones del artista y vitorearle, como cada vez que regresaba a la ciudad; pero en este caso, además, quisieron que se llevara un buen recuerdo. Por este motivo, se organizó en su honor una velada que tuvo lugar en el Casino de Salamanca y donde, después de un concierto que estuvo a cargo del joven compositor, se le obsequió con una botonadura de oro, valorada en la entonces elevada cantidad de cuatrocientos reales²⁸.

Pasado el verano con su familia, el maestro Felipe Espino, que por entonces contaba 22 años de edad, emprendió su viaje a Italia, y el día 1 de octubre de 1882 tomaba posesión de la plaza de becario en la Academia Española de Bellas Artes en Roma, ante el pintor y director de la misma, don Vicente Palmaroli²⁹.

Los trabajos inherentes a la condición de pensionado de número en música, que se supervisaban en España, habían de ser entregados a fecha fija, pero ésto no asustó al artista, quien pudo cumplir con sus compromisos del primer año, antes del plazo fijado, y consistentes en dos motetes —«Bone pastor» y «Ave verum»—; un acto de ópera —«Raquel»—; y la transcripción de un motete a dos coros, obra inédita de Tomás Luis de Victoria³⁰.

24. *Libro de clases de la Escuela Nacional de Música y Declamación de Madrid, curso 1879-80.*

25. ANGLÉS, H. y PENA, J.: *Diccionario de la Música Labor*. Ed. Labor S.A. Barcelona 1954, tomo I, p. 399.

26. *Libro de Actas de la Escuela Nacional de Música y Declamación de Madrid, de 1880 a 1883.*

27. *Actas de sesiones celebradas por el tribunal de oposiciones a la plaza de pensiones de número en Roma, año 1882, sesiones de mayo, junio y julio.*

28. *Libro de cuentas del Casino de Salamanca, año 1882, facturas del mes de agosto, números 1, 2, 3 y 4.*

29. BRU ROMO, M.: *La Academia Española de Bellas Artes en Roma (1873-1914)* Madrid 1971, p. 356.

30. *Carta de Emilio Arrieta al secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 25 de junio de 1884.

Pero el músico salmantino no sólo cumplía con sus obligaciones de pensionado sino que aún le sobraba tiempo para componer obras de diversos estilos, como la romanza «El Suspiro», una «Marcha Triunfal» o la «Marcha para la Exposición de Salamanca», encargada al maestro por la Diputación Provincial y que fue premiada con una pluma de oro y piedras preciosas, donada por la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy³¹.

En el segundo año, el artista, que había dado numerosos conciertos en la entonces afamada «Sala Dante», cumplió el compromiso adquirido como pensionado y compuso una «Misa en Re», para cuatro voces y orquesta; y el poema musical, «La Festa del Redentore a Venezia».

LA ÓPERA «ZAHARA»

Sin embargo, en el tercero y último año de pensión las cosas no le fueron bien al joven Espino, pues de las dos obras que debía escribir, una «sinfonía orquestal» y una «ópera», solamente pudo realizar la primera, debido a que le fue imposible hallar un libreto sobre el que fundamentar su música; y ante la angustia del joven pensionado, que no podía cumplir su compromiso por razones ajenas a su voluntad, el director de la Academia en Roma escribía al ministro de Estado informándole: «me consta que la falta de libreto, cosa tan esencial y al parecer tan difícil de lograr por los compositores músicos, le impidió a Espino empezar su trabajo con tiempo suficiente para terminarlo en el plazo fijado por el reglamento, y aunque su situación ha sido después amarguísima, puedo anunciar a V.E. que, ya más tranquilo, habiendo abandonado la idea de volver a España, tiene su ópera muy avanzada»³².

Ciertamente, la situación del músico fue desesperada y cuando se disponía a abandonar Italia, le llegaba de su Salamanca natal el ansiado libreto, el cual, con el título de «Zahara», había sido escrito en tres actos y cinco cuadros por José López Alonso, doctor en medicina, destacado investigador en ese campo y, como dijera el periódico *El Progreso*, incansable articulista y poeta³³.

Mas, a pesar de todo, Espino no pudo entregar a tiempo su trabajo de tercer año y concluida la beca en noviembre de 1885 regresó a España; pero como no tenía otro medio de vida que el de impartir clases particulares, pronto comprendió que éstas le impedían trabajar en la ópera. Así, tras intentar sin éxito volver a Roma, en este caso como pensionado de mérito, a los dos meses de haber dejado Italia pudo marcharse a París, a donde llegaba en enero de 1886 con una beca privada de

31. *Libro de Juntas de Gobierno de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy*, nº 41, sesiones: 21 de noviembre de 1883, f. 290 R y 29 de octubre de 1884, f. 321 R.

32. *Comunicado del director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, al ministro de Estado*, 10 de enero de 1886.

33. *El Progreso* —Salamanca— 3 de septiembre de 1884.

— SÁNCHEZ GRANJEL, L.: *La Facultad Libre de Medicina de Salamanca (1868-1903)*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca 1989. p. 50.

la Infanta Isabel de Borbón y que le permitiría estar en la capital francesa durante otros tres años más³⁴.

Poco nos ha llegado de la producción parisina de Felipe, pues aparte de un «Menuet en re bemol» escrito para ser incluido en un álbum —con las obras de cincuenta y dos maestros españoles— y luego ser regalado a la reina regente, doña María Cristina de Habsburgo³⁵, solamente tenemos noticias de un «Motete» para las honras fúnebres de Alfonso XII, que se celebraron en Salamanca en el primer aniversario de su muerte³⁶; y un «Himno» realizado para la entrega de premios en la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy. Pero al menos sabemos que pudo terminar la ópera y cumplir, como era su deseo, con la obligación que había adquirido cuando fuera pensionado en Roma.

Feliz por haber dado numerosos conciertos en lugares tan prestigiosos como la «gran sala de la Casa Erard», en París; de haber acompañado al piano a los más famosos artistas de la Europa de su tiempo; de haber viajado por Italia, Alemania, Francia, Inglaterra, Bélgica y Suiza, entre otros países; regresaba a España en 1889, con su obra «Zahara» dedicada a la Infanta doña Isabel, en agradecimiento a ésta y dispuesto a presentar su trabajo en la Academia de San Fernando, para que fuese juzgado.

Satisfecho, sin duda, por el resultado final de su ópera, Felipe Espino hacía tiempo que estaba dando conciertos con partes de ésta, incluso antes de haber sido presentada en la citada Academia; y habiendo recibido tantos elogios, no veía lejos el día de su estreno. En Salamanca se comentó que el texto parecía «arrancado de las inscripciones de un harem» y que la partitura era «fiel reflejo de las cadenciosas melodías orientales»³⁷.

Pero los éxitos del maestro no fueron solamente locales, pues la propia Infanta Isabel le felicitó personalmente tras la audición de algunos pasajes de «Zahara»³⁸, y después de un concierto celebrado en casa de don Práxedes Mateo Sagasta —entonces presidente del Gobierno— tanto éste como las numerosas personalidades que asistieron a la velada, entusiasmados con la música de Espino, le prometieron que tan pronto fuese examinada por la Academia, le prestarían «toda su influencia y apoyo para que la ópera pudiera ser estrenada en el Teatro Real» en aquella misma temporada de 1889-90³⁹.

No obstante, el tribunal artístico que calificó «Zahara» fue muy duro con la música y aún más riguroso con el libreto, haciéndose constar en el informe emitido por la comisión encargada de juzgar la obra, que el hecho de haber sido entregada con tanto retraso era el motivo por el cual se la calificaba con mayor severidad⁴⁰.

34. *Comunicación del director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, al ministro de Estado*, 10 de enero de 1886.

— ESPERABÉ DE ARTEAGA, E.: *Efemérides salmantinas*, Salamanca 1933, p. 249.

35. *El Fomento* —Salamanca— 3 de febrero de 1886.

36. *El Progreso* —Salamanca— 2 de diciembre de 1886.

37. *El Fomento* —Salamanca— «La primera audición de Zahara», 8 de mayo de 1888.

38. *El Fomento* —Salamanca— 24, 25 y 29 de mayo y 2, 5 y 6 de junio de 1888.

39. *El Nuevo Progreso* —Salamanca— 18 de noviembre de 1889.

40. *Informe del tribunal formado para calificar la ópera «Zahara»*, 15 de febrero de 1890.

Sabemos positivamente que Espino no tuvo elección a la hora de tomar libreto y que el autor del mismo no era más que un aficionado en esa materia. Sin embargo, con el dictamen del tribunal, puede decirse que todas las posibilidades de estreno desaparecieron para el artista, sin que aquellas personas que con tanta vehemencia elogiaron la composición, se atreviesen a defender sus antiguos criterios y mantener, pese al citado informe, que la obra gustaba y merecía ser estrenada.

Ahora bien, aunque esta ópera —perdida por el momento— nunca llegó a representarse, su autor musical siguió cosechando aplausos con sucesivos conciertos de la misma y paradójicamente después de ser juzgada con tanto rigor, la *Ilustración Musical de Barcelona*, aseguraba que «los más celebrados maestros de música, tras oír diversos números de «Zahara», pronosticaban que ésta tendría un brillante éxito el día de su estreno»⁴¹. Opinión favorable, de una serie de entendidos, que entraba en contradicción con las consideraciones del jurado de la Academia.

Según el tribunal artístico que examinó la ópera de Espino, el compositor había defraudado las esperanzas que pusieron en él cuando marchó a Roma; pero sabemos que un artista convence, o no, por toda o gran parte de su producción y no por una sola obra, que en el caso de «Zahara» estuvo rodeada de numerosas circunstancias adversas, y así lo entendió el *Diario de Barcelona* quien dijo del músico salmantino que éste «debía enorgullecerse de escribir con tanta corrección, por cuanto era conocedor de todo lo que se podía aprender en una escuela de música y ni el maestro más exigente de armonía y composición podía ponerle tacha a su forma de escribir», a lo que se sumaba el hecho de que Felipe Espino estaba «dotado con rasgos de originalidad propios del genio»⁴².

También, el periódico madrileño *El Resumen* ensalzaba las cualidades artísticas del compositor diciendo que Espino era «la figura más sobresaliente de aquella generación y que a pesar de su juventud poseía inspiración y más conocimientos de composición y contrapunto que muchos maestros al final de sus vidas»; pero frente a esas grandes virtudes el articulista de *El Resumen* encontraba en el compositor el «gran defecto de la modestia» y en cierta medida justificaba el dictamen negativo del jurado calificador de «Zahara», comentando que «no podía ser Espino una excepción en ese calvario de intrigas y agiotajes por el que pasaban los compositores españoles»⁴³.

EL ORFEÓN SALMANTINO. ESPINO EN EL COLEGIO NACIONAL DE SORDOMUDOS Y CIEGOS

En abril de 1890, próximo a cumplir los treinta años, Felipe Espino se había casado con una joven leonesa de veinticuatro, llamada Carlota Pascual Mendez⁴⁴ y fijaban

41. *La Ilustración Musical Hispano-Americana* —Barcelona— 15 de junio de 1892, p. 84.

42. *Diario de Barcelona* —Barcelona— 9 de noviembre de 1890.

43. *El Resumen* —Madrid— 15 de agosto de 1891.

44. *Libro de Casados, Parroquia de Santa María de Cacabelos, año 1890*, f. 44 R.

su residencia en Madrid; mas, pasados unos meses y en vista de que iban a ser padres, el compositor quiso que su primer hijo naciera en Salamanca y a esa capital se trasladó con su esposa en junio del año siguiente, para esperar la llegada de Fernando Simón, nacido en octubre de 1891⁴⁵ y que sería el único hijo del matrimonio.

La Escuela de San Eloy había intentado repetidas veces la fundación de un coro, sin haberlo conseguido hasta entonces; de este modo, aprovechando la estancia de Espino en Salamanca, se acordó que dicho proyecto se llevara a cabo lo antes posible⁴⁶.

Con ciento veintiseis orfeonistas —todos hombres—, entre tenores primeros y segundos, barítonos y bajos— de los que más de cien ni siquiera conocían las notas musicales— y el trabajo del maestro, pudo lograrse que en dos meses de ensayo la agrupación estuviera lista para su primer concierto, el 8 de septiembre del referido año de 1891.

La creación del «Orfeón Salmantino» fue todo un acontecimiento y como diría Tomás Bretón al felicitar a Espino, merecía la pena seguir adelante, pues todos los esfuerzos realizados hasta aquellos momentos para constituir orfeones en la meseta castellana, habían fracasado⁴⁷. Pero superadas las fiestas navideñas, Espino regresó con su familia a Madrid, y el Orfeón, cuya vida no sería larga, pasaba a estar bajo la dirección del maestro Jesús Pinedo Alvarez⁴⁸.

Al compositor salmantino no le faltaba trabajo; sin embargo no debió ver asegurado el futuro de su familia con la actividad laboral que por entonces realizaba —dedicado, básicamente, a dar clases particulares y conciertos, además de componer—, y enterado de que en el Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos de Madrid había quedado vacante una plaza de música, decidió opositar a la misma, siéndole adjudicada por unanimidad la cátedra de «piano, órgano, canto y armonía»⁴⁹, destinada a la educación musical de los invidentes del centro y de la que tomaba posesión el 1 de abril de 1897⁵⁰.

Las enseñanzas musicales de los ciegos, según criterio del propio Felipe, no estaban bien programadas y con la intención de que la preparación de los jóvenes del Colegio fuera tan sólida como la de cualquier alumno vidente, inició una reforma —tan importante como la que años antes había realizado para la Escuela de San Eloy⁵¹—, con tan buenos resultados que los alumnos ciegos del profesor Espino obtuvieron, cada año, calificaciones de sobresaliente en los distintos exámenes libres celebrados en el Conservatorio Nacional, donde frecuentemente fueron felicitados por los distintos tribunales que los juzgaron⁵².

45. *Libro de Bautismos, Parroquia de Sancti Spiritus, de 1887 a 1900*, f. 135 R.

46. *Libro de Juntas de Gobierno de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy*, nº 42, sesiones 27 de mayo y 30 de junio de 1891, ff, 114 V y 117 V.

47. *La Libertad* —Salamanca— 13, 21 y 26 de septiembre de 1891.

48. *Nombramiento de Jesús Pinedo Alvarez*, 16 de enero de 1892.

49. *Carta de la Escuela Nacional de Sordomudos y Ciegos, al ministro de Fomento*, 16 de marzo de 1897.

50. *Nombramiento de Felipe Espino*, 1 de abril de 1897.

51. *Informe de Felipe Espino para las enseñanzas musicales de San Eloy*, 12 de mayo de 1894.

52. *Instancia de Felipe Espino, en la que se tratan los resultados de los alumnos invidentes*, 12 de noviembre de 1905.

El sueldo de Felipe, fijado en mil quinientas pesetas anuales, no era suficiente para la familia y no compensaba el trabajo realizado en el Colegio, donde, entre otras cosas, se encargaría durante diez años de la biblioteca del centro, sin que por ello tuviera ninguna compensación económica. Mas, es muy posible que con ciento veinticinco pesetas mensuales de sueldo, el maestro hubiera salido adelante de haber tenido tiempo para ayudarse con unas clases particulares, pero eso era materialmente imposible, pues la cátedra de piano, órgano, canto y armonía, a la que había opositado, incrementada, poco después, con enseñanzas de acordeón, se transformaba desde 1903 en cátedra de piano, órgano, canto llano, armonía, contrapunto, fuga, melodía, instrumentación, canto coral y conjunto coral e instrumental⁵³.

Sería por esta razón que el artista se sintió discriminado en el aspecto retributivo y frecuentemente se lamentó del «triste estado de preterición» en que se encontraba, respecto a otros maestros del mismo Colegio, donde, por ejemplo, el profesor de solfeo y violín, por un trabajo mucho menor que el suyo, percibía dos mil pesetas anuales⁵⁴.

Pero, ante la imposibilidad de lograr un trabajo mejor, Espino tuvo que procurarse otro tipo de actividad remunerada para las épocas estivales, de forma que, al menos desde 1900, comenzó a dirigir en Santander los «conciertos y fiestas musicales» del Casino del Sardinero⁵⁵; y aunque desconocemos las condiciones salariales del maestro, al menos este contrato permitió a la familia Espino-Pascual pasar los meses de verano junto al mar, además de proporcionarle la ayuda económica que, al parecer, tanto necesitaba.

A lo largo de su vida el profesor Espino compuso gran cantidad de pequeñas obras de salón, pero también escribió otras muchas de mayor extensión como la «Rapsodia Montañesa», inspirada en la región cántabra, de la que los entendidos dijeron que con ella se había retratado el corazón montañés como ningún otro maestro, ni siquiera local, lo hiciera nunca; el poema sinfónico «El Diablo Mundo», basado en el primer canto de Espronceda, del que se dijo era «muy hermoso, muy valiente y muy original»⁵⁶.

No obstante, por razones de espacio eludimos el dar la larga lista de las obras halladas del compositor, las cuales, aun siendo numerosas, suponen una pequeña parte de su creación por cuanto sabemos que, en el año 1903, estrenaba la ya referida «Rapsodia Montañesa» numerada por el artista como «opus 246».

Terminado su compromiso con Santander, fue contratado por el Casino de Gijón, donde dirigió más de treinta conciertos en el verano de 1906, con un resultado muy positivo, pues a juicio del periódico asturiano *El Noroeste*, el maestro salmantino había logrado «una de las campañas artísticas más brillantes que Gijón

53. *Instancia de Felipe Espino, al ministro de Instrucción Pública*, 5 de febrero de 1903.

54. *Solicitud de Felipe Espino, al ministro de Instrucción Pública*, 7 de febrero de 1905.

55. *El Adelanto* —Salamanca— 4 de septiembre de 1900 y 5 de abril de 1901.

— *El Diario Montañés* —Santander— meses de julio y agosto de 1902, 1903, 1904 y 1905.

56. *Fidelio* —Madrid— 1 de abril de 1903.

recordaba» hasta aquellos momentos y, además de agradecer al músico el acierto que éste había tenido al elegir la programación diaria, continuaba diciendo que si Gijón quería estar a la altura de los grandes centros de veraneo, tendría que seguir contando con personas como el señor Espino, quien «a través de su arte, distinción y cultura, era capaz de imprimir personalidad y fineza a las playas donde se pretendía ofrecer diversiones cultas»⁵⁷.

CATEDRÁTICO DEL CONSERVATORIO DE MÚSICA DE MADRID. ESTRENO DE «ALMA CHARRA»

En vista de que con los años la retribución salarial del maestro no mejoraba lo suficiente, y cansado finalmente de sus reiteradas y legítimas peticiones de igualdad, se planteó la posibilidad de abandonar el Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos, donde ya llevaba diez años de ejercicio profesional, y con esa intención opusió a una cátedra de «Acompañamiento al piano», en el Conservatorio de Música y Declamación de Madrid⁵⁸; ya que dicha asignatura era una de las fundamentales de todos los conservatorios extranjeros y en el de Madrid estaba impartida por un profesor que, al parecer, «no tenía la categoría reconocida»⁵⁹.

Así las cosas, el profesor salmantino que por su prestigio había sido requerido por los responsables del citado conservatorio para tomar parte en numerosos tribunales de oposición a premios⁶⁰, una vez que su expediente fue juzgado se acordó, por unanimidad, concederle la plaza solicitada, dotada con cuatro mil pesetas anuales⁶¹.

Comenzaba de esta forma una nueva etapa en la vida profesional del músico, a los cuarenta y siete años de edad, y aunque la iniciaba contento lo hacía con la salud muy quebrantada por una antigua dolencia, diagnosticada inicialmente como simple afección reumática y que había empeorado hasta ser descubierta la grave deficiencia renal que era y que acabaría con su vida, antes de que pudiera ejercer otros diez años en su recién obtenida cátedra, de la que tomaba posesión el 1 de diciembre de 1907, ante el entonces director del Conservatorio, su paisano Tomás Bretón⁶².

Con una situación económica más desahogada, Espino pudo atender en su «academia particular» a un nutrido grupo de alumnos —ahora más por gusto que por necesidad— pero también le fue posible dedicar mayor tiempo a su labor creativa.

57. *El Noroeste* —Gijón— meses de agosto y septiembre de 1906.

58. *Solicitud de Felipe Espino*, 19 de noviembre de 1906.

59. *Gaceta de Madrid* — Madrid— 3 de noviembre de 1906.

60. *Libro de Actas de la Escuela de Música y Declamación de Madrid, cursos: 1899-1900; 1900-1901; 1901-1902; 1902-1903; 1903-1904; 1904-1905; 1905-1906.*

61. *Ministerio de Instrucción Pública. Concurso para la provisión de la plaza de «Acompañamiento al piano»*, 18 de mayo y 7 de junio de 1907.

62. *Libro de Actas del Conservatorio de Música y Declamación de Madrid. Toma de posesión de Felipe Espino*, 1 de diciembre de 1907.

Así, en vista de que entre las obras que tenía comenzadas seguía pendiente una composición de «cantos salmantinos», prometida a sus paisanos en 1904, tras documentarse ampliamente en los distintos pueblos de la provincia, en 1911 daba por terminada una suite titulada «Alma Charra», que hoy se halla perdida y que el artista dedicó a la Diputación Provincial de Salamanca.

Esta obra, tal y como el autor había prometido, fue estrenada en su ciudad natal el 28 de octubre del mismo año 1911, en el Teatro Liceo, y su interpretación estuvo a cargo de los profesores del Teatro Real y la Orquesta Sinfónica de Madrid, bajo la dirección del propio autor, lo que constituyó un auténtico acontecimiento para la capital salmantina⁶³.

Toda la alta sociedad de la época se dio cita, como era habitual, en el concierto de Espino y aplaudió entusiasmada la nueva obra del maestro, de la que se comentó, entre otras cosas, que si bien era vigorosa y tenía la grandiosidad de la «Rapsodia Montañesa», el conocimiento que el artista poseía sobre su tierra le había permitido una mayor fantasía e inspiración en «Alma Charra»⁶⁴.

Animado por la buena acogida local, y después de haber asistido al homenaje y posterior banquete que para el músico organizaron sus conciudadanos, Felipe Espino se dispuso a presentar su nueva obra en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, en marzo de 1912, donde recibió unánimes elogios de los entendidos; y pocos días después el artista emprendió viaje a París para ofrecer, en aquella capital, algunas audiciones de la misma suite⁶⁵, pero de cuyos resultados no hemos logrado ningún tipo de información.

Desde su entrada en el conservatorio madrileño, el profesor Espino ya no trabajaba en los veranos, como había hecho durante años, por lo que las vacaciones las dedicaba a descansar, sobre todo porque desde hacía algún tiempo terminaba las clases notablemente fatigado; de este modo, una vez concluido el curso 1915-16, y tras presidir el tribunal que se encargó de calificar a los alumnos oficiales de quinto de piano⁶⁶, Espino quiso olvidarse de toda actividad laboral y reposar unos días antes de marchar a Santander, como tenía por costumbre.

MUERTE Y OLVIDO DEL MAESTRO

Así pues, cuando creyó que había recuperado parte de su precaria salud, inició el viaje hacia la capital cántabra, convencido de que un prolongado descanso y el cambio de aires le haría bien; desatendiendo el consejo de su doctor, quien le recomendó quedarse cerca de Madrid, en una casa de campo que la familia tenía en la

63. *El Adelanto* —Salamanca— 28 de octubre de 1911.

64. *El Adelanto* —Salamanca— 30 de octubre de 1911.

65. *El Salmantino* —Salamanca— 20 de marzo y 25 de abril de 1912.

66. *Actas de Exámenes y Premios del curso 1915-16 en el Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid*.

colonia del Alfar, en Aravaca, con el fin de que pudiera estar bajo control médico y así evitar el largo desplazamiento; mas no quiso escuchar los consejos del especialista y el lunes 10 de julio llegaba a Santander.

Al día siguiente, después de pasear por la capital santanderina, visitar a sus amigos más íntimos y charlar con otros que encontró en el Casino del Sardinero, se sintió repentinamente tan enfermo que hubo de ser llevado a su alojamiento, en la fonda «La Ignacia», sita en la céntrica calle de Santa Clara, obligándole esta recaída a guardar cama; pero nada pudo hacerse para aliviarle y pocas horas después, el 12 de julio de 1916, fallecía Felipe Espino a los cincuenta y seis años de edad, víctima de una fase aguda de uremia⁶⁷.

La muerte le llegó al maestro de forma inesperada y una vez efectuado el funeral, el 13 de julio a las ocho de la mañana, en la vecina iglesia de la Anunciación, la viuda y su hijo Fernando se encontraron con el problema de no disponer de un lugar apropiado donde inhumar el cadáver; pero el músico era, por entonces, muy querido en Santander, y doña Carmen Gómez Fernández, viuda del que fuera gran amigo del compositor, el doctor Damián Rodríguez Gómez, ofreció un lugar dentro de su propio panteón familiar y en cuyo espacio fúnebre, frente al mar Cantábrico, reposan desde entonces los restos mortales del ilustre compositor.

Sin embargo, sobre la lápida que cierra el monumento funerario nunca fueron grabados los datos del maestro, por lo que queda su cadáver en el más completo anonimato; y aunque sabemos que actualmente sigue su féretro en el mismo lugar, bien pudiera ser que en un momento dado desapareciera de allí al necesitar espacio los herederos, en virtud de que es un desconocido que no perteneció a la familia, al lado de cuyos miembros descansa.

En Salamanca, una vez conocido el óbito se quiso respetar el luto de la familia y pasados unos meses, el Ateneo organizó un homenaje en memoria del músico para el 3 de febrero de 1917, al parecer —según palabras del que fuera amigo de Espino desde la infancia y destacado político, académico y rector de la Universidad, Luis Maldonado— sugerido por la Infanta doña Isabel⁶⁸.

La celebración estuvo constituida por dos partes, un acto religioso y otro literario-musical, y a ella asistieron las familias más distinguidas del momento; así como catedráticos, estudiantes, comerciantes, industriales y representantes de toda la sociedad salmantina que no quiso dejar de rendir tributo al ilustre músico local.

El acto comenzó con una misa en la capilla de la Universidad, oficiada por el entonces canónigo de la catedral, don Tomás Redondo, y donde el coro catedralicio cantó, entre otras obras, un «motete» de Espino y un «responso» del maestro Dámaso Ledesma, que en este caso dirigió el propio autor.

67. *Acta de Defunción de Felipe Espino Iglesias*: Sección tercera, libro nº 20, f. 18 del Registro Civil de Santander.

68. MALDONADO, L.: *De Mis Memorias, estampas salmantinas*. Editado por la Librería Cervantes. Salamanca 1976, vol. II, p. 158.

Por la tarde, en el paraninfo de la Universidad, tuvo lugar una velada donde se escucharon obras del recordado músico y diversos trabajos literarios de autores salmantinos, leídos en memoria del paisano muerto.

Finalmente, las discípulas de Espino, Pilar Núñez de Soto y María Luisa Arenas, que habían interpretado numerosas obras del artista, colocaron sobre el piano una corona de flores dedicada al añorado profesor, con cuyo gesto terminó un homenaje calificado de brillante pero también sencillo y bello, que se ajustó, según la prensa, a la modesta, bondadosa y noble personalidad del salmantino desaparecido⁶⁹.

El periódico local, *El Adelanto*, haciéndose eco del sentir popular había sugerido a las autoridades la posibilidad de rotular una calle con el nombre del finado, y tras ser debatida la propuesta en el Ayuntamiento, se acordó dar el nombre de Felipe Espino a la calle que hasta entonces se había llamado «Corrales de la Rúa»⁷⁰.

El artista salmantino que a lo largo de su vida recibió numerosos premios nacionales y extranjeros, homenajes y repetidas críticas favorables —nombrado Consiliario de Mérito por la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy; Socio Honorario del Orfeón Cantabria; condecorado, a saber, con la Cruz de Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII, con la Medalla de la Jura de Alfonso XIII, y la Insignia de la Orden del Cristo de Portugal; celebrado pianista y elogiado compositor; amigo personal de grandes pintores y escultores de su tiempo, así como de conocidos compositores entre los que destacamos a Emilio Arrieta, Tomás Bretón, Félix von Weingarten y el entonces joven Maurice Ravel, a quien el maestro llegó a acoger en su casa de la calle Princesa de Madrid— podemos asegurar que, a pesar de todo, no tuvo el éxito fácil y el mismo Espino, en una carta escrita a su amigo César Real y Rodríguez, describió cual era el ambiente que, según su propia experiencia, vivían los artistas hasta lograr cierto reconocimiento, diciendo que el hecho de estrenar una obra era un «vía crucis inevitable» para los autores que comenzaban, debido a que «los acaparadores del género» en cuestión, «veían con malos ojos la intrusión de jóvenes principiantes»; así pues, consideraba la capital del reino como «refugio de todos, donde solamente se vivía del engaño, la astucia y las recomendaciones», lo que obligaba a «luchar de continuo y con el corazón de bronce, para no morir en el empeño» y poder, poco a poco, como era su caso, «ir saliendo a flote»⁷¹.

De esta forma, bien por no tener apellido extranjero y además ser de Salamanca —como se dijera en el homenaje póstumo al maestro— o porque, según publicó el periódico madrileño *El Resumen* y corroborarían años más tarde el *Diario Universal* y la revista *Fidelio*, la excesiva modestia y su intrínseca honradez terminaron por perjudicar al músico, pues «al apartarse voluntariamente de intrigas y amiguismos

69. *El Adelanto* —Salamanca— 2 y 5 de febrero de 1917.

— *El Salmantino* —Salamanca— 5 de febrero de 1917.

70. *Actas de Excmo. Ayuntamiento de Salamanca, año 1917*, sesión 14 de febrero, f. 36 V.

71. *Carta de Felipe Espino a César Real y Rodríguez*, 1 de marzo de 1899.

en un país, como el nuestro, tan lleno de fulanismos para todo», generó envidias y antipatías hacia su persona, lo que impidió a Felipe Espino ser «todo lo conocido que sus méritos reclamaban» y las puertas del éxito permanecieron prácticamente cerradas para él, pese a su indiscutible genio creador⁷².

Felipe Espino, incansable trabajador que no se doblegó a suplicar o pedir más allá de lo que le permitía su dignidad, hubo de luchar duramente para que sólo una pequeña parte de su trabajo le fuese reconocida; pero una vez muerto, casi todo pareció borrarse de la memoria de cuantos le conocieron y, por consiguiente, su nombre y su obra quedaron excluidos de los centros de enseñanza en los que se habían utilizado de forma habitual sus obras pedagógicas; y de igual manera sus composiciones fueron eliminadas de los repertorios musicales y prácticamente nadie volvió a ocuparse de su música.

Pero además, el maestro ha sido omitido en las modernas enciclopedias e historias de la música, y aun cuando muchas se ocupan de compositores españoles de todos los tiempos o de música española de la época de Espino, pasan por alto su figura como si jamás hubiese existido. Incomprensible descuido por cuanto su presencia en el mundo de la música está documentada en numerosos archivos nacionales y extranjeros, lo que unido a las continuas referencias que sobre el compositor ha dejado la prensa de su época, nos basta para ver que por su trayectoria artística y sus creaciones musicales, tuvo tanta o incluso mayor importancia que otros muchos maestros que figuran habitualmente en obras especializadas.

En Santander —donde tal y como publicó repetidas veces la prensa cántabra, tanto se apreciaba al músico que era considerado como montañés— una vez muerto se convirtió en un total desconocido y su música dejó de oírse, hasta en el Casino del Sardinero; y aunque es cierto que su obra «Cantabria» sigue estando en el repertorio de la Banda Municipal de Santander, este hecho no constituye un homenaje intencionado al autor, pues ni siquiera los componentes de la referida agrupación musical sabían quien era el «F. Espino» que figuraba como autor de la partitura, obra que los santanderinos escuchan en cada festividad local o regional, sin saber que esa melodía, para ellos tan familiar y tan cántabra, salió del alma y la pluma de un salmantino.

Silenciado de igual forma en la capital del reino, podemos observar que hasta el que fuera director del Conservatorio de Madrid, Federico Sopena, en su libro «Historia Crítica del Conservatorio de Madrid» ha obviado al ilustre músico de nuestro trabajo, y se lo salta sistemáticamente de las listas de alumnos premiados o de las de profesores, cuando podemos dar fe de que el ignorado artista se encuentra referenciado en los antiguos libros del citado conservatorio.

72. *El Resumen* —Madrid— 15 de agosto de 1891.

— *Diario Universal* —Madrid— 28 de marzo de 1903.

— *Fidelio* —Madrid— revista de música y teatro, 1 de abril de 1903.

En cuanto a Salamanca, después de su fallecimiento, no tuvo la figura de Espino un recuerdo más duradero que en otros lugares, y tras serle dedicada, como se ha dicho, una pequeña calle de la ciudad —hoy de mayor importancia que antaño, debido a que en ella se encuentra ubicada la Diputación Provincial— nada se hizo por recuperar o dar a conocer sus composiciones musicales y en este momento la obra de Espino, gran parte de ella inédita, se halla muy desperdigada, en su mayoría perdida, y desde luego desconocida para los profesionales de la música⁷³.

A pesar de los muchos lugares donde trabajó y triunfó, nadie parece recordar la entrañable figura de Felipe Espino, aquel postromántico tardío, que con dotes de inspirado creador supo dar a sus composiciones un sello propio y mantenerse a la vez dentro de un estilo de búsqueda complicación orquestal, como buen wagneriano sentimental que fue.

REFLEXIÓN FINAL

Quisieramos que este esquemático trabajo biográfico sirviera para rescatar del olvido la figura de un salmantino tan ilustre, a fin de que, como decíamos al principio, pueda ocupar el lugar que le corresponde en la Historia general, pero con mayor motivo en nuestra crónica local. Pero, además, deseamos que el gesto que la dirección del «Gran Hotel» de Salamanca tuvo —como eco inmediato a la lectura de nuestra tesis doctoral sobre el personaje que nos ocupa— nominando uno de sus salones como del «Maestro Espino», sea el primero de otros actos destinados a la obligada recuperación de la memoria histórica de nuestro biografiado; actos que las instituciones locales podrían realizar sin gran esfuerzo y a las cuales brindamos una serie de proyectos como, por ejemplo: la vuelta de los restos mortales de Felipe Espino a su ciudad natal; la dedicación de un monumento escultórico público en algún jardín o zona urbana apropiada; el nombramiento póstumo de «hijo predilecto» de Salamanca para el artista; o la dedicación de un medallón en nuestra Plaza Mayor, por haber sido escenario de numerosos conciertos dirigidos por el compositor y porque en dicha plaza tuvo su domicilio el matrimonio Espino-Pascual durante años, en uno de sus retornos a Salamanca.

Esperamos, en definitiva, que tan esclarecido personaje salga de ese anonimato en el que ha sido sumido por sus conciudadanos y sea valorado en su justa medida, porque Felipe Espino fue, además de un inspirado artista, un nostálgico que amó a su tierra, supo recrearla en diversas composiciones musicales y llevó siempre en el recuerdo los dulces y cadenciosos sonos salmantinos que habían arrullado su infancia.

73. Las 30 únicas obras de Felipe Espino, halladas hasta el momento, han sido compiladas por la autora de este trabajo en cinco gruesos volúmenes, pendientes de publicación.